A DIESTRA Y SINIESTRA

Diálogo de sordos

DAVID TORRES

Casi todas las discusiones, tarde o temprano, acaban desembocando en la semántica, y fue **Wittgenstein** quien demostró que la mayor parte de los problemas provienen de malentendidos lingüísticos. Todos los gobiernos de este país, desde que se estrenó la democracia, han intentado dialogar con ETA, pero es difícil establecer una base de diálogo cuando, a cambio de palabras, recibes un tiro en la nuca. Y en los comunicados de ETA, la verdad, tampoco se entiende gran cosa.

Según los especialistas, el 80% de la información que apareja un diálogo viene cifrada a través de la comunicación no verbal, es decir, los gestos, miradas y expresiones con que se aderezan las palabras. Aunque no es difícil adivinar las intenciones, sí lo es leer los ademanes de un par de señores que aparecen detrás de una mesa, ocultos tras guantes y capuchones. Si suprimimos las palabras, un espectador imparcial que no tuviera ni idea de terrorismo, no sabría si está asistiendo a una conferencia del Ku Klux Klan o a la inauguración de una cofradía en Semana Santa.

Nunca entendí muy bien el símbolo de ETA, la serpiente enroscada a un hacha. Se supone que la serpiente forma la cabeza política y el hacha es la fuerza armada. Si esto es cierto, hace mucho tiempo que en el País Vasco se dan las condiciones suficientes para que la serpiente maneje el hacha y ETA abandone las armas. Pero más bien parece al revés, parece que el hacha ha decapitado a la serpiente, como ha sucedido ya otra veces a lo largo de la larga y sangrienta historia de ETA. Esperemos que sea una serpiente mítica, amén de simbólica, y vuelva a crecerle otra cabeza para que pueda hacerse de nuevo con el control del hacha.

> «Hace mucho tiempo que en el País Vasco se dan las condiciones suficientes para que la serpiente maneje el hacha y ETA abandone las armas»

En 1980, **Martín Zabaleta**, el primer español que subió al Everest, colocó al lado de la ikurriña el anagrama de ETA. Años después, otros alpinistas vascos hicieron ondear en el techo del mundo la ikurriña al lado de la bandera española. El Everest no sabe de colores ni de símbolos y recibe a todos por igual, pero resulta tristemente macabro que el símbolo de ETA se parezca tanto a la Vara de Esculapio, la que adorna tantas farmacias. En *Contacto*, **Carl Sagan** escribió que con aquella serpiente enroscada, Dios estaba mandando un mensaje a la raza humana: la hélice del código del ADN que es la clave secreta de la vida.

En cualquier caso, los últimos mensajes de ETA están lanzados por *tam-tam*, y son mucho más fáciles de descifrar que un código genético. Bomba, bomba, pausa, bomba. **Zapatero** dice que se sentará a dialogar cuando la banda deje las armas, pero de momento va a tener que tomar lecciones de percusión. Bomba, pausa, bomba. A lo que más se parece hasta ahora esta conversación es a uno de esos diálogos de sordos que surgen en la consulta del médico, donde uno habla de los síntomas de su gripe y el otro de su hijo que estudia oposiciones. Lo que se conoce internacionalmente como *un diálogo entre españoles*.

EL PLANETA DE LOS SIMIOS | DAVID GISTAU

De cómo el tenor Enrique Viana se toma la ópera a risa

Conocí al tenor Enrique Viana en la cena casi multitudinaria, casi de banquetes, bodas y comuniones, que se le dio a alguien. El venía de triunfar en el Teatro Real. Tenía un aspecto como de galopín de la Rive Gauche, escurrido de osamenta y con un ajustado jersey de cuello alto con el que también le he visto después: «Aceptar el paso del tiempo consiste en saber cuándo hay que tapar la pierna, y luego el cuello», dijo más tarde. A la hora de los licores, cuando la barahúnda era ya de intervención policial, Enrique se puso en pie y se hizo acompañar por un piano portátil de los de cabra sobre el taburete. El suele decir que la inspiración para inventar ese registro propio, híbrido entre lo formal y lo cabaretero, que le caracteriza y le colma los teatros, le vino cuando comprobó que a veces, «si hablo, los demás se callan y escuchan». Así fue: nadie más habló en aquella cena de ambiente desbocado cuando Enrique alternó arias y piezas líricas con monólogos de humor que lograron imponer en el auditorio la sensación de estar en un ascensor. En apenas un segundo se pasaba del piso de la risa al de la emoción: «Así debe ser el arte. Nadie sufre ni goza constantemente. Saltamos de un sentimiento al otro. Si es así en la vida, ¿por qué no en el escenario?».

Cuando le preguntaron por qué era escritor, Juan Rulfo contestó que una vez buscó en una biblioteca el libro que le apetecía leer. Y, al no encontrarlo, decidió escribirlo. Algo semejante le ocurrió a Enrique Viana cuando inventó un género nuevo al comprobar después de años de formarse en conservatorios que la música clásica era «una trampa. Las normas son inamovibles, sagradas, por lo que no caben artistas, sólo intérpretes. Sólo hay espacio para la técnica, no para la creación. Y un artista al que se le impide crear se convierte en un peligro social, en un psicópata. Es verdad que la música clásica siempre estará ahí, para hacernos la vida mejor, para acompañarnos en los momentos duros, para permitirnos olvidar durante una hora y media que a las ocho tenemos que estar en la oficina. Pero ¿por qué no volverla más vigente profanando un poco ese templo sagrado e introduciendo escenografías que las hagan más apetecibles para el público joven? A mí por eso me gusta la transgresión de un Calixto Bieito. ¿Qué escandaliza? Pues mejor, porque el escándalo va unido al arte».

> *«El aplauso más largo no puede compararse con una sensación mucho más gratificante: oír reír al público»*

Después de centenares de recitales y de óperas «en las que siempre hacía el mismo papel: la de enamorado de la chica que no se entera de nada», la profanación del templo la hizo Enrique introduciendo el humor, los textos propios basados en la observación divertida de lo cotidiano. Los monólogos acabaron siendo una suerte de flauta de Hamelín que atrajo al público joven a un registro del que recelaba por temor al aburrimiento: «Acaban descubriendo la parte profunda de la frivolidad, que la tiene. Al final, después de la risa, en el recuerdo se les queda el artista, el arte. Se les está inoculando ese veneno sin que se den cuenta». Claro, hubo espectadores ortodoxos que se sintieron algo despistados «por una situación irregular. Pero me alegro de habérmelos ganado, de haber abierto un poco la gama de sus gustos». La crítica, en cambio, se le rindió desde el primer acorde «porque el trato que doy a la música y al canto es impecable». Por su parte, Enrique hizo dos descubrimientos propios. El de la escritura, por ejemplo, el de una prosa concebida para ser puesta en escena que contentó la necesidad creadora de un intérprete al que le apretaban las costuras si se limitaba a ser el mero vehículo de «músicas compuestas por hombres que llevan muchos años muertos». También le sirvió para rebajar una ansiedad que últimamente le consume y a la que ha dedicado un libro de poemas escrito a partir de los 40 años, la del tiempo que se acaba, la de las cosas que van a quedar sin ser dichas si no se aprovecha el crédito vital: «Lo mejor que me ha pasado en los últimos meses de carrera es que el destino me ha puesto en mi sitio, me ha completado. Eso es un alivio, porque si me pasara algo, si cayera en la decrepitud, el estropicio sería menor: algo va a quedar ya». Ese «algo» ocurrió por primera vez en 2003, cuando presentó, con Manuel Burgueras al piano y con títulos de Verdi, de Donizetti y de Bellini entro otros, la obra *La locura de un tenor*. Consciente de que quebrantaba un canon, eligió ese título para, al igual que el bufón cuando soltaba verdades insolentes, «hacerme perdonar de entrada por loco». No tuvo que hacerse perdonar. De hecho, tal fue el éxito, de tal manera calzó su invento, que desde entonces ya sabe «que el aplauso más largo no puede compararse con una sensación mucho más gratificante: oír reír al público. En mis parlamentos iniciales, siempre digo a los espectadores que juntos vamos a crear un canto a la vida y un momento único que acabará cuando caiga el telón, porque ningún directo es igual al siguiente: ésa es la magia que jamás

CARTAS AL DIRECTOR

'Egunkaria'

Sr. Director:

Han transcurrido ya tres años desde que se ordenó clausurar *Egunkaria* por mandato judicial. Es muy grave cerrar un periódico en una democracia que pretendemos ya consolidada. Si desde el punto de vista constitucional es más que cuestionable que un juez clausure un periódico a través de una sentencia, el hecho de que se ordene el cierre como medida cautelar puede ser considerado como una gran injusticia, ya que lo que en un primer momento es una medida provisional acaba en la práctica convirtiéndose en definitiva.

Inicialmente, hubo unas explicaciones públicas que apelaban a la fe del ciudadano hacia la justicia ya que, al parecer, había asuntos muy feos y de largo alcance delictivo, razones más que suficientes, según dijeron, como para censurar el rotativo.

Estos indicios tan indeterminados fundamentaron el cierre de *Egunkaria* y hoy es obvio que ya no se podrá reabrir. Recientemente aparecía que la Audiencia Nacional ve indicios de relación entre la dirección del diario y ETA, pero es difícil comprender que para evitar un delito haya que echar por tierra un derecho recogido en la Constitución, cuando el propio Derecho da los instrumentos necesarios para combatir los delitos sin tomar medidas tan excepcionales. Nos gustaría contar con una Justicia mucho más ligera –y, consecuentemente, más justa– y también más transparente. **Fabián Laespada. Miembro de Gesto por la Paz.** Correo electrónico.

Una bomba en el teatro por criticar a la Iglesia

Sr. Director:

Yo estoy aún con vida, aunque he sido una víctima potencial del terrorismo, al haber asistido esta semana al teatro de Madrid dentro del cual se acaba de poner una bomba por el hecho de representar allí una obra crítica respecto a la Iglesia católica.

Pero yo no voy a poner otra bomba en una iglesia, porque creo, como los cristianos, que *el ojo por ojo deja al mundo ciego*. Sin embargo, exijo a las autoridades que protejan nuestra vida y que, como ya han prometido, vigilen a los imames que predican el odio, pero también a los clérigos que predican un *Cristo con pistolas* y un *Santiago Matamoros*, el odio, el racismo, etcétera, desde sus púlpitos, hojas parroquiales y emisoras de radio.

Así se evitará a tiempo que reproduzcan los baños de sangre que sus innumerables cruzadas, la última todavía en vida de algunos de nosotros, han provocado en España. Aunque a muchos no les guste recordar estas cosas. **María F. Risco Gómez.** Madrid.

Los últimos atentados de ETA y la tregua

Sr. Director:

Si ETA anuncia sus treguas colocando bombas en discotecas, todo tipo de locales y empresas, Zapatero debería comprender que no le tienen confianza alguna. Ellos también saben que las encuestas no son tranquilizadoras para el Gobierno y que éste reacciona a su manera, cerrando algo como sea, diciendo lo